

Residencia de los Misioneros.

Residencia de las Hermanas.

ABISINIA.—MISIÓN DE ALITIENA. CASAS DE LOS LAZARISTAS Y DE LAS HIJAS DE LA CARIDAD.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Bateman, lazarista. (Pág. 237)

CARTAS DE MISIONEROS

TERRIBLE INCENDIO EN NIIGATA

La ciudad de Niigata, que acaba de ser víctima de terrible prueba, está situada á orillas del mar, algo al Sud del 37° de latitud, cerca la desembocadura del caudaloso Shinanogawa. Los numerosos canales que la cruzan en todas direcciones la han hecho llamar la Venecia del Japón. Su población es de 80,000 almas, comprendidos los habitantes del arrabal de Nuttari, al que está unida por un puente de 800 metros de longitud. Niigata es la capital de la provincia del Echigo, una de las más pobladas y ricas del imperio del Mikado.

CARTA DEL ILMO. SR. BERLIOZ, DE LAS MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS, OBISPO DE HAKODATÉ

EL día 3 de Septiembre, por la mañana, llegaba de Sapporo, en donde dos días antes había tenido la dicha de instalar siete Religiosas del Instituto de las Franciscanas Misioneras de María.

De regreso á la Misión, después de haber cruzado las ruínas que amontonara el incendio del año último, entré en el oratorio provisional á rezar mi breviario. Al leer las lecciones de Job, pensaba en las amargas pruebas que habíamos sufrido, sin pretender como el Patriarca que fueran superiores á nuestros pecados. No obstante hice mía también la conclusión de Job: «Mi consuelo sería que sin perdonarme fuese afligiéndome con dolores, y que yo jamás contradijera las órdenes de Aquél que es toda santidad.» *Et hæc mihi sit consolatio*

AÑO XVI.—Núm. 320

tio ut affligens me dolore non parcat, nec contradicam sermonibus Sancti.

Estaba escrito, en efecto, que nos quedaba mucho que sufrir.

La noche siguiente, á eso de la una, el misionero de Niigata, P. Marión, se levanta sobresaltado á los toques de rebato y á los gritos de «kwaji! kwaji!» (¡fuego! ¡fuego!). El viento del Este sopla con violencia. Mas como el fuego está lejos, se tranquiliza pensando que los bomberos lograrán extinguirlo. No obstante, las cuadras son una tras otra pasto de las llamas, y el fuego adquiere tales proporciones que es imposible dominarlo.

A las dos y media cruzan por encima de nuestra casa chispas y llamas. Poco después una lluvia de fuego propaga el incendio. El P. Marión se decide á consumir las Sagradas Formas; toma los vasos sagrados, el viril y los registros de la cristiandad, y los pone á salvo en las dunas á orilla del mar.

Las Hermanas de San Pablo, cuidando ante todo de sus huerfanitas, les visten cuanta ropa tienen: *kimono*s acolchados de invierno, *kimono*s de verano, zapatos, cinturones, etc., etc. Cada niña deberá llevarse cuanto le quede de su modesto ajuar. Y en marcha, hacia el mar.

31 DE OCTUBRE DE 1908

Pero también allí llueve fuego, ¿qué hacer? Con toda rapidez se cavan hoyos en las dunas, y allí se entierran los paquetes. ¡Excelente idea! Una capa de algunos centímetros de arena es el mejor de los *fire-proofs*.

Entre la confusión del salvamento no hay tiempo de lamentarse: esto vendrá luego. ¡Pobres Hermanas, que pierden en unos momentos lo que tras veinticinco años de privaciones lograron edificar!...

Los RR. PP. Ceska y Gerhards, de la Sociedad del Verbo Divino, que llegaron hace pocos días á Niigata, para inaugurar su Colegio de San José, acudieron á la Misión así que se inició el siniestro. Su nueva residencia parecía al abrigo de las llamas; y creíamos que los establecimientos de la Misión también escaparían del siniestro. ¡Vana esperanza! Su venida fué providencial, nos ayudaron á trasladar cuanto fué posible. Ornamentos de iglesia, ropas, libros japoneses, etc., todo fué enterrado, para salvarlo del fuego, bajo la arena de las dunas. Desgraciadamente las dunas distaban de la Misión, y á pesar de la actividad desplegada, hubo que abandonar al fuego el resto de los objetos de la sacristía, la biblioteca de Mons. Marión, y una buena parte de sus efectos.

Trabajábamos nosotros con febril actividad y avanzaba el fuego imponente, aterrador. Desaparecían las casas envueltas en mares de fuego. A eso de las cuatro empezó á arder el Dispensario de las Hermanas, luego la cocina, la residencia de las Religiosas, el orfelinato, la casa de los misioneros, la iglesia... *Consummatum est!*

A las cuatro y media el fuego se extingue por falta de combustible: todo está reducido á pavesas; el suelo parece un inmenso brasero. Hay que buscar asilo en otra parte.

Todos nos refugiamos en casa de los Padres del Verbo Divino. En el piso las Religiosas; los misioneros y algunos católicos en los bajos.

En cinco horas quedaron reducidas á cenizas 2,078 casas, entre ellas la Escuela Normal, que costaba 500,000 francos, la Central de Correos, la Casa Consistorial, parte de la Prefectura, tres Escuelas primarias, en las que asistían 1,700 alumnos, trece templos ó pagodas, las administraciones é imprentas de tres periódicos, etc., etc.

Por desgracia no son sólo pérdidas materiales lo que hay que lamentar.

Dícese que treinta y dos personas han resultado gravemente heridas, de ellas la mayor parte bomberos ó *policemens*. Además hay cuatro muertos:

La Misión católica de Niigata era, después de la de Hakodaté, la más antigua de la diócesis. Fué fundada en 1869 por el P. Armbruster, que luego fué superior del Seminario de París. La comunidad de las Hermanas de San Pablo de Chartres tenía en ella desde 1885 un Dispensario, donde innumerables enfermos recibieron las regeneradoras aguas del santo Bautismo. Entre las numerosas niñas huérfanas, educadas por las Hermanas, hay varias que han abrazado la vida religiosa, ya sea en el Instituto de San Pablo, ya en el monasterio cis-

terciense de Nuestra Señora de los Angeles, cerca de Hakodaté.

La cristiandad de Niigata ha pasado por varias fases de progreso y decadencia. Esto hay que atribuirlo en parte á la vida casi nómada del pueblo japonés. Pero tales fluctuaciones, hijas de la inconstancia, afortunadamente no arrastran casi nunca á la apostasía formal; por el contrario, parece que las ovejas descarriadas vuelven al redil con la misma facilidad que lo abandonan, así lo vemos en las festividades solemnes y en las circunstancias algo extraordinarias. Confiamos que las obras de educación de la niñez y juventud, que van á emprender nuestros valientes auxiliares, los misioneros de la Sociedad del Verbo Divino, darán á la cristiandad de Niigata nueva vida, principio de una era de prosperidad.

Fácil es adivinar cuáles sean las consecuencias de este incendio que ha destruído en un momento la base de nuestras obras.

Las Hermanas de San Pablo de Chartres sufrirán mucho y largo tiempo, si la caridad no las socorre con largueza. La divina Providencia velará por ellas, ya que buscan ante todo el reino de Dios y su justicia.

Toda mi desventurada Misión recomiendo á la inagotable generosidad de los que se interesan por la salvación de las almas. Un año ha transcurrido desde la ruina de nuestros establecimientos de Hakodaté. ¡Con cuántas penas y fatigas hemos logrado construir la Misión provisional! Debíamos aún buscar limosnas para reconstruir la capilla catedral, y cuando nos preparábamos para echar los cimientos, un nuevo desastre arruina otra parte de la Misión... ¡Qué largos meses sin consuelo, y cuántas noches de angustia! *Sic et ego habui menses vacuos et noctes laboriosas numeravi mihi!*

¡Tened piedad de nosotros, generosos cristianos europeos, que sois nuestros mejores amigos! *Miseremini mei, saltem vos, amici mei!*

EL HAMBRE EN LA INDIA

Nos apresuramos á poner en conocimiento de nuestros lectores la súplica que nos dirige desde Gnanapuram, en la costa de Coromandel, el Rdo. P. Rossillon. Dignense las almas caritativas dispensar buena acogida y generosa respuesta á tan conmovedora súplica.

CARTA DEL RDO. P. ROSSILLON, DE LOS MISIONEROS DE SAN FRANCISCO DE SALES, DE ANNECY, MISIONERO EN LA DIÓCESIS DE VIZAGAPATAM.

MI carta, esta vez, es un grito de miseria. Lo que me obliga á lanzarlo es el espectáculo que desde hace algunos meses presencio constantemente: un hambre horrible que aumenta cada día. Según los periódicos, el hambre azota particularmente el nordeste de la costa de Coromandel, sobre todo Vizagapatam, en donde hace siete meses que no ha llovido.

¡Siete meses sin lluvia!... No podéis imaginaros qué significa esto los que vivís en Europa, en donde la menor sequía hace poner el grito en el cielo. ¡Siete meses sin lluvia!... Sí, estas sencillas palabras, para quien

sabe comprenderlas, son sinónimas de extremada miseria. Y, efectivamente, en estos momentos la miseria es horrorosa en el país telugu.

¡Y pensar que los agricultores, arruinados á consecuencia de anteriores malas cosechas, contaban con la actual para acabar de sufrir! ¡Qué amargo desengaño! Desengaño tanto mayor cuanto que los brahmanes habían predicho para este año excelentes cosechas.

Reina, pues, en gran parte de la India el hambre, cuyas funestas consecuencias es difícil predecir.

¿Por qué están casi desiertos estos pueblos? ¿Por qué no se reparan estas chozas arruinadas?... Es el hambre: sus antiguos moradores, hambrientos y enfermos, han ido á probar fortuna á otras partes.

¿Dónde van estas largas filas de miserables con su hatillo de miserias sobre la cabeza? Unos á Ranzoon, otros á la isla Mauricio ó al Natal, países «en que se come.» Son pobres emigrantes, expatriados, que han titubeado semanas y meses antes de tomar esta determinación, esperando en vano la lluvia.

Entre estos emigrantes casi no figuran más que hombres. Los agentes de emigración, verdaderos cazadores de esclavos, sólo quieren á los que pueden trabajar en las plantaciones de té y de caña de azúcar. Rehúsan á las mujeres y á los niños, pues tanto aquéllas como éstos serían para ellos carga inútil.

Y como el indio no es amigo de expatriarse, y además sus aficiones naturales, su raza y sus costumbres seculares casi se lo prohíben, abandona á su mujer y á sus hijos para conservar su mísera choza, con la esperanza de volverla á ver al regresar de su Eldorado.

Pero entretanto, ¿de qué vivirán los pobres abandonados? ¡Ah! ¡Este es el problema! La pobre mujer, para apagar el hambre de sus cinco ó seis hijos, que están continuamente tirándola de las faldas pidiéndole arroz, también se pone á viajar. Va de pueblo en pueblo y de misionero en misionero, particularmente si es cristiana, narrando por todas partes su dolorosa historia.

—¡Padre, socorredme, hace dos días que no he comido nada!... Padre, hace tres días no tenemos fuego en casa. ¡Dadme de comer, que muero de hambre!... Padre, mi marido se fué á Birmania, y hace dos meses carezco de noticias...

Imposible cerrar los oídos á tan conmovedoras supplicas.

Pero tampoco es posible atenderlas todas: hay que socorrer á estas pobres gentes, que quieren escapar de las garras del hambre, y ¿cómo hacerlo cuando su número aumenta de día en día? No se trata aquí de alentar y dar consejos: los hambrientos no entienden buenas palabras, quieren que se les socorra, y en ello insisten, pues saben que ruegan á corazones que acaban por dejarse convencer.

—*Souami!* me decía ayer una pobre mujer seguida de cuatro niños, ¡amparadnos! ¿Qué os importan cuatro más ó menos, manteniendo á tantos como mantenéis? Si no nos admitís, nos moriremos de hambre.

—¡Pero tú no eres cristiana!

—Lo seré.

✱

—Sí, ¿cómo las gentes de casta, que se fingen creyentes para ser socorridas?

—¿La casta? ¡Ya no queremos más casta! ¿Para qué nos sirve? Está bien que los ricos sean de casta, ¡pero los pobres!...

Nadie ignora que el indio está siempre dispuesto á morir antes que perder su casta, y ya habrá leído el lector en alguna parte que Tippoo, Sultán de Maisur, quiso un día comprobar si esta creencia era cierta: más de 30,000 indostanos se dejaron cortar la cabeza antes de comer entre musulmanes.

Ningún crédito, pues, hubiera dado á las palabras de la pobre mujer, si estos últimos días no hubiera tenido el ejemplo de otra familia de casta, que, delante de mí, comió ávidamente arroz cocido en el convento.

He aquí una prueba clara de cuán horrible es el hambre. Ninguna otra calamidad puede lo que ella.

Y las cosas irán empeorando hasta la próxima cosecha, que todavía no está sembrada por falta de lluvia.

Entonces es cuando se cumplirán las palabras de una buena anciana que no ha muchos días me decía con voz melancólica:

—¡Padre, este año sacudirá el Señor el árbol de las cabezas viejas, y serán incontables las que rodarán por el polvo!

Pueblos hay que carecen de agua para beber. Un misionero me escribe que debe recorrer una larga jornada para hallarla. Los animales, convertidos en esqueletos que andan, acaban por ser presa de los buitres. Los he visto comer hojas de palmera y—¡cosa increíble!—cactus, plantas muy espinosas.

Esta es la situación. Mi anhelo sería, socorriendo miserias, recoger cuantas familias paganas me fuere posible para aumentar mi reserva de Guanapooram. ¡Y quién me proporcionará medios para ello, en estos tiempos en que los Superiores tienen que hacer frente á tantas necesidades!...

El ideal sería que algunas almas generosas me dijeran al oído: «¡Hombre de poca fe, seguid adelante y confiad en nosotras, tesoreras del pobre misionero!»

Y las hay, con toda seguridad, de estas almas generosas. Ya sé, por otra parte, que reciben muchas peticiones cada día, y que por lo tanto no pueden atender á todas; pero quizás, en vuestra ardiente caridad, podríais hallar el medio de interesarlas en favor nuestro.

Decídesles que socorriéndome serán madres espirituales de estos niños débiles, de miembros atrofiados, que me miran con ojos suplicantes, y que derramarán consuelos en el corazón de sus angustiadas madres, quienes, extendidas las manos y llenos de lágrimas los ojos, exclamarán: «¡Gracias, que Dios os lo pague!»

ANNOBÓN (GUINEA ESPAÑOLA)

Pesca de la ballena

27 de Agosto de 1908.

Aunque varias veces han oído nuestros lectores relatar las arriesgadas trazas con que estas gentes dan caza á la reina de los mares, todavía creo leerán con agrado unas breves noticias, sobre las aventuras emprendidas en Agosto del corriente año. Copiamos del último número de *La Guinea Española*:

SON ya en menos de un mes los ballenatos perseguidos, de los cuales cuatro han sucumbido bajo el certero arpón.

De ellos el tercero se fué á fondo, tras largas horas de encarnizada lucha entre la monstruosa y barbuda vieja y estos bravos cayucos, al arrebatarle sus hijos.

Cada vez que presencio estas luchas marinas, me parece más exacta la frase pronunciada poco ha por el capitán de un barco: «Mire V., Padre, que son el mismo diablo esta gente en la mar.» En efecto, son tales los arrojos de estos cayuqueros en las largas horas que á brazo partido luchan con el monstruo, que de sólo verlo ú oírlo se le pone el pelo en punta al más sereno espectador.

La que hoy día 27 han cazado, al arrojar el patrón del primer cayuco su arpón sobre ella, les dió vuelta, quedando sumergidos en alta mar entre las garras de los cetáceos y el cayuco rebosando agua, y ellos, sin soltar la cuerda del arpón, arrastrados velozmente; hasta que el segundo cayuco se lanza á coger la maroma, sin hacer caso alguno de los náufragos; los cuales la entregaron, volviéndose al punto en busca de su cayuco, al que subieron, y, una vez vaciado, emprendieron su curso hacia el otro, que, con vertiginosa velocidad era arrastrado por los monstruos muy adentro de la mar. Sabido es el modo de ir desangrando al cetáceo, ó sea á lanzadas en el cuello y axilas del animal, que sin detener su veloz correr tira de la maroma hasta que logran colocar el cayuco encima del mismo. Veces hay que, para apartar á la madre, que está protegiendo á su hijo, comienzan á lanzadas contra ella, la cual cobrando con las heridas nuevo furor, comienza con las aletas y cola á volcar los cayucos uno tras otro; mas ellos, serenos y avisados, sin soltar la cuerda, reponen sus bajeles, súbense de nuevo, y ¡a la lucha con el monstruo!

En cierta ocasión hincó un *capi* tan recio su lanza en el lomo de la madre, que de pronto les fué imposible sacarla.

En estas, con osadía atlética, se tira de un brinco encima de sus espaldas, y haciendo hincapié en las mismas, se la arranca y se salta de otro brinco al cayuco, y todo sin parar un punto la rápida marcha; de forma que, efecto de la velocidad, parecían corrientes despeñadas, entrando el agua á torrentes por las proas y desaguándose al instante por las popas.

En otra ocasión, á falta de lanza, que con el vuelco del cayuco se fué á fondo, se lanza uno de ellos al agua, y asida su izquierda de la maroma, se sumerge debajo de la barriga del veloz cetáceo, y sacando la faca de su vaina la emprende á cuchilladas hasta abrirle el vientre, logrando así el desangramiento de la bestia. Heroísmos por este estilo suceden siempre que la ocasión les brinda.

Dos palabras me permitiré, como por vía de ejemplo, de la que ayer, día 26, persiguieron. El primer arpón le fué clavado con gran tino; al sentirse herido el ballenato, emprende al lado de su anciana madre una carrera velocísima sólo comparable con el tren.

Los tres tripulantes asidos de la cuerda eran arrastrados con su cayuco, cual pajueta, entre la lluvia torrencial de los surtidores, saltos y zambullida, que se

dejan suponer, llegaron como dos millas mar adentro; cuando de improviso tuercen los monstruos su rumbo en dirección paralela á la playa. Cinco cayucos salidos en auxilio del primero, la emprenden en línea diagonal logrando hacerse enconradizos con él; cogida la maroma (que rayará en los 100 m.) queda armada la procesión de 6 cayucos, que eran llevados cual si fueran uno solo. En éstas da la ballena una vuelta vertiginosa hacia atrás, siguiéndola la pequeña flota; sólo un cayuco dió vuelta, merced á sus diestros timoneros.

Sabido es que cuando la hija, de cansada y desangrada, no puede seguir á la madre, ésta, cuyos anhelos parecen ser ó salvarla viva ó morir con ella, se la coloca bajo su aleta, ó bien atravesada sobre su frente, llevándola á su placer.

Tras dos horas, pues, de correrías, desfalleció la hija, y desangrada como estaba murió, quedándose á flote del agua, boca arriba, sostenida por los tres arpones que tenía hincados. La madre, al observar la postura de su hija, se para delante y junto á ella; se incorpora con toda la cabeza fuera del agua; y así permanece queda, paseando su feroz mirada por la diminuta flota de cayucos, que rodean la víctima. Tal aspecto, dicen los testigos, presentaba aquella monstruosa cabeza, encajada contra ellos, sembrada toda ella de protuberancias, pobladas de recias crines, y en actitud de defender la presa, aullando como un lobo, que no obstante la costumbre, quedaron aterrados. Así permanecieron largo espacio, sin que nadie osara romper el fuego, hasta que la madre se lanza de un salto, extendiendo sus brazos, sobre la hija, y así juntas, pecho con pecho, y abrazándola, se la llevó á fondo muerta, la que con todos amparos no había logrado librarla viva de las manos de sus perseguidores, desentendiéndose de ellos, de sus cuerdas y arpones, con un desdenoso coletazo; con lo cual se acabó tan larga tragedia, retirándose la procesión rendida y avergonzada de su final derrota, y la desolada anciana, haciendo los duelos de su difunta hija, en el fondo de la mar.

El ballenato que esta mañana han cazado, después de tres horas de continuo batallar, y repartido entre los habitantes de este pueblo, contaba las siguientes dimensiones: longitud del cuerpo, 6'60 m.; circunferencia, 4'00 m.; anchura de la cola, 1'65 m.; cada aleta, 1'90 m.; de punta á punta de las aletas, 5'30 m.; longitud de la boca, 1'30 m.; anchura de íd., 1'30 m.; su aspecto era el de un bote quilla arriba. Dicen contaba más de un mes.

NOTICIAS VARIAS

Barcelona.

Su Emma. el Cardenal Casañas.—El 27 de Octubre falleció repentinamente en Barcelona nuestro queridísimo Prelado Su Emma. el Cardenal Casañas. Nacido de padres humildes, subió por sus virtudes y por su saber hasta el Cardenalato, donde tanto han brillado todos sus méritos, pero sobre todos ellos su grande humildad. Las últimas palabras que articularon sus labios fueron, al darse cuenta de que moría, encomendar su alma á la divina misericordia. Amó la Obra de la Propagación de la Fe, y por ello como para todo lo bueno se

interesaba y desvivía su corazón de apóstol. Antes de morir ha gozado la dicha de ver canonizado al que fué gloria del sacerdocio barcelonés José Oriol. ¡Acaso el Santo haya querido premiar sus virtudes y trabajo llevándose a celebrar con él en la gloria las fiestas de su canonización que con tanto empeño preparaba! (D. E. P.).

Roma.

Cambio de jurisdicción.—Su Santidad Pío X ha dispuesto que pasen de la jurisdicción de la Sagrada Congregación de la Propaganda al derecho común todas las diócesis de Inglaterra, Escocia, Irlanda, Países-Bajos, Luxemburgo, Canadá, Tierra-Nueva y Estados Unidos.

Un par de zapatos para Pío X.—Se ha escrito mucho acerca del cariñoso recuerdo que Pío X conserva de su amada Venecia; tal vez con alguna exageración de parte de los escritores, pero verdadero en substancia. Una viva prueba de ello se manifestó recientemente de una manera imprevista, con ocasión de una audiencia dada á Mgr. Freri y al Rev. P. Dunn, de la Sociedad de la Propagación de la Fe.

El Marzo pasado los niños de la escuela indiana de la Misión de Santa Cruz en Alaska, enviaron á Su Santidad un par de mocasinas hermosamente bordadas, y una miniatura de canoa, hecha de corteza de abedul; pidiendo por favor que fuesen presentadas «á nuestro Padre Santo en nombre de sus chiquitos indios, que le quieren mucho, y que ruegan por él que Dios lo conserve bueno.»

Conforme á estas instrucciones, la primera cosa que monsieur Freri hizo al entrar en la sala de audiencia fué presentar estos dos objetos á Su Santidad, que alargando la mano hacia la canoa, exclamó: «¡Oh, mira la góndola!» un ademán pensativo apoderóse de él, como si la vista encantadora de Venecia se hubiese desplegado ante sus ojos. Roma podrá ser Roma, pero Venecia será siempre Venecia para el prisionero del Vaticano, que no puede menos de vez en cuando echar una mirada hacia la tranquila y apacible hermosura de la Sede que fué.

Turquía Asiática.

La Constitución.—El Ilmo. Sr. Terzian, obispo armenio católico de Adana, nos escribe con fecha 7 de Octubre:

«Os supongo enterado por los periódicos de que S. M. el Sultán ha dado una Constitución al pueblo otomano. Con grandes fiestas se celebra por todas partes esta revolución pacífica. Por fin podemos respirar. Desde ahora nos es lícito trabajar sin inquietud por la salvación de las almas y por el progreso moral y material del pueblo confiado á nuestros cuidados. Pero desgraciadamente esta anhelada libertad llegó en momentos en que nuestros recursos están agotados. ¡Quiera Dios concedernos los medios de aprovechar ésta para el progreso de nuestras obras católicas! En estos momentos los gregorianos y los protestantes fundan Sociedades escolares, círculos para propagar sus ideas; son muchos y muy ricos. Nosotros, por el contrario, somos pocos y pobres, y por consiguiente necesitamos de la caridad de las almas piadosas. Nunca podremos olvidar los socorros que hemos recibido de los generosos católicos, en especial de Francia. Gracias á ellos hemos logrado fundar numerosas obras. El bien hecho, á ellos lo debemos, y confiamos que sus caritativos corazones no se olvidarán de nosotros y que sus subsidios nos permitirán dar nuevo impulso á nuestras obras. Tiene la Misión un Seminario católico en Adana, de donde espero mis futuros misioneros; la iglesia de San Pablo, de Tarsú, está por acabar; las Misiones y las escuelas de la diócesis tienen ne-

cesidad de nuevo impulso. Confío, pues, que las almas caritativas harán un esfuerzo y protegerán sus empresas tan necesitadas.»

Trichinópolis (Indostán).

La pagoda de Vichnu.—En la *Revue des Deux Mondes* publica Mauricio Maindron interesantes «Cartas del Sud de la India.» De una de ellas, fechada en Madura, entresacamos los siguientes párrafos:

«Dícese de Villemain, que obsesionado por la idea de una conspiración universal de jesuitas, los veía á todas horas y por todas partes y los creía emboscados en los parajes por donde debía pasar. Al contrario del ilustre Par de Francia, mi solo temor al llegar á Madura era no encontrar jesuitas. Al bajar del tren tomé un coche, ordenando al «Malabar» me condujera á la *jesuitería*. La hospitalidad que recibí en Trichinópolis no me permitía dudar de la acogida que me dispensarían en la sucursal.

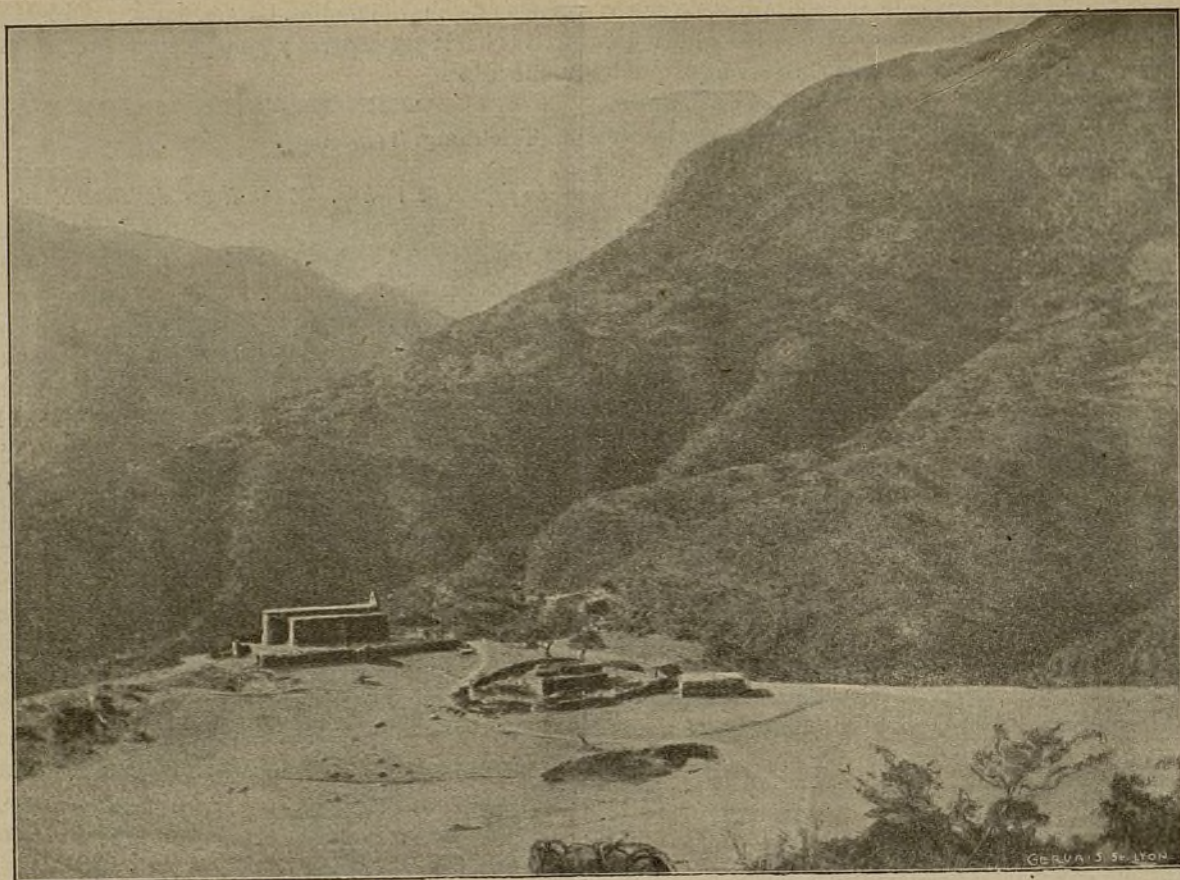
«La Misión de Madura es un modesto establecimiento escondido entre espeso bosque. El Padre que me recibió era, puedo llamarle, un antiguo amigo. Es verdad que no había visto nunca al Rdo. P. Fabre, pero desde hace diez años tenía muy conocido este nombre, al que acompañan y coronan tantos descubrimientos interesantes. El misionero naturalista, á quien creía perdido, sin esperanzas de verle más, por los montes de Ranmad, al último límite Sud de la península, estaba ante mí.

«Sin perder tiempo subimos á su carreta de bueyes, que nos condujo á la pagoda de Vichnu, la cual apenas tuvimos tiempo de visitar por fuera. Pocas horas me quedaban hasta la de partida para Tuticorin, donde debía embarcarme aquella tarde misma.

«La belleza de la pagoda de Madura ha sido alabada por numerosos excursionistas dignos de fe, y no pretendo contradecirles. Si no fueran las numerosas y antipáticas fajas rojo y blanco, trazadas alternativamente y de arriba á bajo, que la ensucian, el templo consagrado al gran Vichnu no carecería de elegancia ni grandeza. Pero paredes, columnas, imágenes, todo está manchado de bermellón.

«Nos hallamos en una fiesta pagana. Los devotos llenan los *mandapams* y los patios, y se agrupan al rededor de los estanques. Sobre el agua vese flotar un hormiguero fantástico de cuerpos desnudos y cabezas peladas. Los balcones están atestados de mujeres que lucen el hermoso traje nacional, negro ó azul obscuro con rayas encarnadas. Graciosas y delicadas y de rostro agradable y fino, gracias á los afeites con que lo componen, estas indias son las más hermosas de su raza. Su tipo es más puro y delicado que el de sus hermanas de Pondichery; los dijes que llevan son más numerosos y ricos; sus rostros centellean cargados de oro y piedras preciosas. Así engalanadas estas reinas de Sabá, corren bulliciosas por todas partes desnudos los pies, haciendo sonar los numerosos anillos de plata con que los adornan.

«Al llegar á donde están los ídolos, callan, se agrupan y estrujan impacientes, anhelando llegar hasta los dioses y entregarles la ofrenda. Los comerciantes, instalados al pie de las columnas, apenas pueden satisfacer á esta clientela febril, exigente, que invade los mostradores y compra azafrán es-carlado ó cal diluida, guirnaldas de rosas pálidas y las hojas verde claro de betel. Luego con todo esto pintan las imágenes y depositan las flores á sus plantas. Con la frente calcinada y el cuello pintado de rojo, Agni y Virapatrin, dioses de las castas inferiores, en la actualidad ya no reciben sacrificios sangrientos. Sus soberbios bustos de diorita pulida



ABISINIA.—IGLESIA DE ALITIENA: VISTA TOMADA DESDE LA CIMA DE LA MONTAÑA.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Bateman, lazarista. (Pág. 237).

desaparecen bajo una lluvia de flores. Todos, hombres y mujeres, después de haberles adorado, toman polvo del que los cubre y con él se ensucian la frente.

«Pero disponemos de tan poco tiempo, que debemos recorrer la pagoda á toda prisa, perdiendo muchos y hermosos detalles. Sólo de paso pude admirar los singulares efectos de luz en las profundas galerías sin aberturas, entre las amenazadoras patas de animales encabritados que salen de los capiteles de las columnas. En el centro reina completa oscuridad: en los extremos luz deslumbradora. Los rayos del sol acarician complacidos las pulidas superficies de las esculturas, y éstas parecen animadas de un soplo de vida. Tanto en los tabernáculos de cinceladas columnitas, como en los nichos y entre las esculpidas columnas, todo se agita. Dioses, diosas, monstruos y demonios, se acechan, se llaman, se desafían, gestículan, sonriendo de alegría, de cólera, de amor, ó de odio...»

Panamá.

Abnegación religiosa.—Hace algún tiempo que se está trabajando en establecer la catequización de los caribes que viven en la costa é islas de San Blas, en el istmo de Panamá, y á este fin ha dado los primeros pasos el P. Leonardo Gassó, de la Compañía de Jesús, á las órdenes del Ilmo. Sr. Junguito. Son estos indios sumamente desconfiados y muy celosos de su independencia, por lo cual amenazan de muerte á todo el que intenta penetrar en sus tierras. Arrostrando grandes peligros ha logrado el P. Gassó que le dejen entrar, pero sin compañeros, y con unos cuantos enseres para el servicio de la futura iglesia. También ha compuesto y á su paso por España imprimió en los talleres de nuestra Tipografía Católica de Barcelona la gramática de aquella lengua y catecismo de la Doctrina cristiana, conforme al texto prescrito

por el tercer Concilio de Lima.—¡Tal es la abnegación del misionero católico!

Estados Unidos.

Un sacerdote persa católico y sus paisanos.—El Rev. Pedro Elyiah de Urmiha, Persia, ha llegado á Chicago con el fin de administrar los Sacramentos á una pequeña colonia de católicos sus paisanos. El P. Elyiah es el primer sacerdote católico persa que ha visitado los Estados Unidos. El espera quedarse en el país y tomar los papeles de ciudadanía. Hay unos 600 persas en Chicago, 100 de los cuales son católicos. La misma proporción se encuentra en otras grandes ciudades. Se les hace muy difícil á los persas aprender el inglés, y debido á eso, los católicos entre ellos no han podido frecuentar los Sacramentos.

Argentina.

Primer Congreso católico de la juventud argentina.—Un núcleo de jóvenes entusiastas, que se dan cuenta del lugar que deben ocupar en los momentos actuales, se han dado cita en el Colegio del Salvador para discutir las formas prácticas de llevar el contingente de su acción á la sociedad, que reclama la savia de la vida nueva, para poder desenvolverse con orden.

La sesión inaugural se celebró con grandísima solemnidad el domingo 13 de Septiembre. No es nuestro ánimo relatar la forma en que se llevaron á cabo las discusiones de las sesiones ordinarias; sólo consignaremos por su singular importancia la sanción que se dió al proyecto de fundación de un Centro denominado «José Manuel Estrada,» en memoria del gran factor del primer Congreso católico argentino. En ese Centro tendrán cabida todos los jóvenes que aspiren á sanear el ambiente social en todas las formas posibles. Es el primer paso dado por esos mismos jóvenes del Congreso, la realiza-



ABISINIA.—Niños irobs.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. Bateman, lazarista. (Pág. 237).

ción de casi toda la obra que han emprendido, en una palabra, la obra del momento, que unificará ideales, estrechará aspiraciones, y llevará á la práctica una acción fecunda y noble en pro de la sociedad.

Un sacerdote virtuoso y emprendedor, el señor Cura de la Concepción, puso á su disposición un magnífico edificio, donde el Centro «José Manuel Estrada» tendrá sus bases de operaciones. El éxito del Congreso queda, por este hecho, descontado.

Canadá.

Un Obispo que muere predicando.—Montreal, Canadá, 22 de

Septiembre: «Mgr. Jaime Carmichel, obispo de nuestra diócesis, ha muerto de repente. Ha muerto mientras estaba predicando desde el púlpito de la Catedral de Gesù sobre el Congreso Eucarístico de Londres, comentando su grande importancia. Al acabar su discurso, se desmayó y cayó de bruces sobre el barandal del púlpito. Algunos sacerdotes corrieron, y tuvieron apenas tiempo para trasportar á Su Señoría á la sacristía, donde expiró. Tenía 73 años y fué consagrado obispo en Canadá, á donde había venido desde Dublín, Irlanda, de donde era natural. Hombre de gran corazón y elevado entendimiento, poseía el amor respetuoso de su pueblo, que incansable llora su pérdida.»

MEMORIAS DE UN SALVAJE

POR EL R. P. JOSÉ CAYZAC

DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, MISIONERO EN EL KIKUYU (ÁFRICA ORIENTAL)

(Continuación)

XI.—Aurora



SENTADOS un día á la entrada de mi pueblo, conversábamos amistosamente sobre nuestras desdichas presentes, comparándolas con los felices tiempos pasados.

¡Ah! ¡nuestras lanzas, nuestras hermosas lanzas! ¿Para qué afilaros y puliros con tanto amor? Y tú, escudo fiel,

¿para qué renovar tus pinturas? Olvidado en el rincón más obscuro de la casa, ¿no te habrán roído los rato-

nes? Y tú, oh sable mío, invencible compañero de mi diestra, tú que vengaste la muerte de mi padre, que pendías de mi lado, prisionero en roja vaina de cuero, pidiéndome constantemente te sacara á relucir, para gozar las aclamaciones frenéticas en las danzas de guerra, ¿dónde estás? Suspendido en las paredes del salón de algún blanco, debes de ser considerado como precioso trofeo, cuando has sido comprado por unas miserables monedas de plata, pues me vi obligado á venderte para poder pagar la contribución de mis casas...

De esta suerte hablábamos, cuando, de improviso, vimos aparecer en la cumbre de la colina de enfrente un sombrero de anchas alas, luego una americana y

finalmente un pantalón, seguidos de cerca de algunos negros, con sendos paquetes á cuestas.

¿Era un blanco ó un negro?

No pudiendo aún distinguir si llevaba zapatos, no cabía afirmar nada, pues podía ser lo uno ú lo otro.

Porque en nuestro país había un partido avanzado, cuya señal distintiva era unas veces lucir sombrero, otras pantalón, y hasta chaleco, pero nunca zapatos, pues en ningún almacén los había bastante grandes para sus pies enormes. Los más fanáticos amantes del progreso los compraban, para colgárselos al cuello...

¿Era un blanco ó un negro?

Salimos de dudas al ver cubría su pecho bien poblada barba.

Nuestro partido avanzado tendrá que avanzar mucho y no retroceder jamás, y necesitará largo tiempo para poder lucir barbas semejantes...

Momentos había en que los ojos del blanco parecían despedir centellas fulgurantes. ¿Estaría indignado, nos amenazaban acaso nuevos males hasta hoy desconocidos?

Al fin nos tranquilizamos viendo que ningún expedicionario llevaba el temido fusil.

Los blancos raras veces salían sin fusiles, carabinas, cuchillos de caza, revólvers, etc., etc. Actualmente, en nuestro país, no hay otro animal salvaje que las perdices...

Y acabó de desvanecerse la primera impresión de terror cuando oímos á aquel blanco extraordinario saludarnos en correcto kikuyu.

¿Quién era? ¿Qué quería? ¿A dónde iba?

Le sometimos á largo interrogatorio.

—Sois *indigiri*, nos respondió.

La palabra *indigiri* significa «niños grandes.»

Y tranquilamente hizo levantar una tienda de campaña, como si estuviera en su propia casa.

Cuidando de la comida, con muchos más requisitos y ceremonias de los que usábamos nosotros, y acariciando aquella su hermosa barba que tanto nos admiraba, nos decía procurando comprendiéramos que hablaba de cosas serias:

«—Yo no soy un blanco como los demás blancos.

«Soy un blanco enviado de Dios á los kikuyus, para vivir con ellos, enseñarles á leer en el libro de la vida, y devolverles la felicidad que han perdido, la felicidad en esta vida, y la felicidad después de la muerte.

«Vuestro Ngai, kikuyus, ha marchado para no volver. En su lugar el Dios de los blancos, que es el Dios verdadero, el Dios de todos los hombres, vendrá á habitar entre vosotros. No quiere vuestros carneros, ni vuestros campos, ni vuestro dinero; sólo anhela vuestros corazones.

«Los hombres de lengua barba como el que os acaba de llegar, somos sus enviados. ¿Queréis recibirnos?»

A estas palabras nuestras dudas se desvanecieron. Efectivamente, el recién llegado era, como habíamos

sospechado, uno de estos «Padres,» de que tanto se hablaba en el pueblo. El primero que conocimos fué aquel de quien os hablé—el cual vino con los otros blancos—los del impuesto y los que cultivaban la tierra.—Pero él, el hombre de la barba, como le llamábamos, no venía con unos ni con otros; venía con los kikuyus.

Durante la terrible hambre que asoló nuestro país,—cuyo recuerdo no olvidaré jamás,—proporcionó alimento á los hambrientos, cuidó á los enfermos, libertó á los esclavos, «dió el agua» á los moribundos... y no vistió á todos los desnudos porque éramos demasiados.

Su nombre era conocido y amado en todo el país. Unos nos gobernaban... como sabían; otros nos robaban... cuanto podían; el hombre de la barba nos amaba.

Algún tiempo después llegaron otros «Padre mío,» y mis compatriotas pudieron admirar una colección completa de barbas.

De estos hombres barbudos los había altos y bajos, gruesos y delgados, jóvenes y viejos; pero todos se llamaban «Padre mío.»

El mismo nombre, dado á tantas y tan distintas personas, nos daba mucho que pensar. Vivían como hermanos, todo era de todos. No cabía duda que eran hijos de un mismo padre. Pero siendo esto así, tan venerable patriarca debía tener numerosas mujeres. Y los blancos no tienen más que una... generalmente.

Otra cosa nos maravillaba: no había uno casado, ni uno que tuviera hijos. Y nosotros nos decíamos: los hijos imitan al padre, luego el padre de todos estos hombres, según nuestra lógica, no debía tener hijos ni mujer. Para nosotros esto era un misterio incomprensible.

Y cuando respondían á nuestras preguntas acerca su misterioso origen que habían salido en un cubo del fondo de un pozo, ó que les habían hallado debajo una hoja de banano, sólo á medias les creíamos y sospechábamos algún milagro...

Les visitábamos á menudo, y siempre éramos muy bien recibidos. Nos contaban historias que hacían reír. Pero ya lo sabíamos, las últimas palabras de la visita debían ser siempre é invariablemente: «Que si no recibíamos el libro de Dios iríamos á juntarnos con los demonios en un infierno de fuego que no se extingue jamás.» Esto nos hacía reír, y esta risa nos daba el gusto de ser tratados de *indigiri*, lo que nos hacía reír más.

Y creedme ó no me creáis, cuando en el distrito se supo que había llegado un «Padre mío,» la nueva me causó una impresión rara y extraordinaria. Me pareció que un mundo nuevo luchaba para renacer de las ruinas del antiguo, que al fin surgirían potentes de aquel caos en que luchan con la impotencia y el terror.

Era como la aurora de otro mundo, más dulce y apacible, que nos regalaría una dicha más segura y real que la del antiguo; un mundo menos pintoresco, pero también sin lágrimas, sin sangre...

Era como si *Ngai*, en persona y barba, hubiese regresado entre nosotros.

(Se continuará).

DE MASAUAH Á ALITIENA (ABISINIA)

APUNTES DE VIAJE, POR EL R. P. BATEMAN, LAZARISTA

(Continuación)



El canto abisinio es una melopeya larga, chillona, sin sombra de arte, entrecortada por desaforados gritos y roneas entonaciones, todo ello ejecutado con mucha rapidez, y en una gama tal que Guido de Arezzo la hubiera rechazado con horror.

Momentos hay en que el desventurado oyente se cree en presencia de un coro de sordos, ejecutando todos la misma pieza en diferentes tonos. Para que resulte mayor el desbarajuste, acompañan estos cantos con palmadas cadenciosas de los ejecutantes y los ruidosos acordes de una orquesta, que por lo rara merece también especial mención.

En esta orquesta, ó lo que sea, hay tres instrumentos principales: es el primero una especie de bombo, muy primitivo, por cierto, el cual se golpea sin compás ni medida, produciendo un ruido muy sonoro. El segundo consiste en un par de hierros, generalmente de igual tamaño, que golpeándolos el uno con el otro producen un ruido agudo y desagradable. El tercer instrumento es la garganta de las mujeres, que de vez en cuando, lanza una nota agudísima, un *luu, luu, luu...* ni artístico, ni nada.

Tal es la orquesta de los abisinos, y sólo Dios sabe cuán orgullosos están de ella.

Después del concierto, tuvimos que reanudar la marcha, olvidando las fatigas de la víspera, para afrontar otras.

Esta segunda jornada no ofrece otra particularidad que la de tener que escalar una serie de montañas abruptas, casi cortadas á pico, con grave riesgo de rompernos la cabeza. En el país que recorremos abundan los leones y los leopardos; afortunadamente ninguno se dignó saludarnos. Al anoecer llegamos á Ebo.

Nuestra primera visita fué á la iglesia donde descansan los restos del venerable Justino de Jacobis. Muy pobre es esta iglesia; por fuera parece una casita: las paredes son de piedras superpuestas sin cemento; el techo es plano y cubierto de tierra. En el interior se ven algunos instrumentos de música (*ut supra*); á un lado hay unas esteras, que hacen las veces de sillas, y un altarcito de madera, muy pobre; al otro, á la izquierda, un bloque de piedra blanca, que corona una cruz. Es el sepulcro del santo apóstol, que murió hace cuarenta años.

En toda la comarca *Abuna Jacob* (nombre abisinio del Ilmo. Sr. de Jacobis) es venerado como santo. Todos, católicos, cismáticos y musulmanes, vienen á orar sobre su tumba y á escarbar la losa para sacar polvo de la misma: y este polvo, disuelto en agua, es tenido por todos ellos como la mejor y más eficaz medicina.

¡Con qué fervor oré ante los restos del venerable Obispo! ¡Cómo se siente pequeño el joven misionero junto á tan grande apóstol!... ¡Y qué consuelo experi-

menta al pensar que está en el cielo intercediendo por nosotros!...

Por la noche recibimos también curiosas impresiones.

Nos hospedamos en la casa de un sacerdote indígena. A la hora de cenar, como era día de ayuno (en Abisinia hay unos doscientos días de ayuno al año), me preocupaba y no poco la idea de que pudieran servirme la famosa sopa de guindillas; ¿se compadecieron de mí? lo ignoro, pero el caso es que nos sirvieron un pollo. ¡Pero qué pollo! Muy viejo debía ser, pues pasé trabajos para hincar los dientes en sus mejores miembros... Pero, en fin (y esta consideración hizo lo comiera con gusto), mejor era aquel pollo, aunque duro, que la cena del pobre sacerdote indígena, consistente en un pedazo de pan de *tief* (mijo muy desabrido) empolvado con un poco de pimienta.

Acabada la cena nos ofreció abrigo en el interior de la casa; pero como temíamos que á nuestra llegada se hubiese movilizado un regimiento de chinches y otros animalejos, y nos estuviera aguardando con impaciencia para maniobrar sobre nuestros cuerpos, preferimos dormir en un cobertizo que había al lado de la casa. Nos acostamos sobre un banco de piedra: una piel de vaca nos sirvió de colchón, y nuestros zapatos llenos de piedras, de almohada.

Envuelto en la piel pasé la noche contemplando por entre las grietas (ya algo más que grietas), del techo, el hermoso cielo de Africa poblado de estrellas, y los vecinos montes iluminados por los plateados rayos de la luna. De vez en cuando rezaba alguna *Ave Maria*, uniendo mi voz á la de las aves nocturnas y á la de las hienas, que rondaban la casa. Para ayudarme á seguir despierto, unos cebús (1) se me acercaron, como el buey y la mula al Niño Dios en Belén, y empezaron á calentarme con su aliento. No me creía muy seguro con tales vecinos.

A las tres de la madrugada nos levantamos y fuimos á la iglesia para celebrar el Santo Sacrificio. Terminado éste nos pusimos en marcha; la etapa era larga.

Aquel día el camino fué pésimo: tuvimos que hacer una ascensión de tres horas, que nos dejó rendidos. Los animales marchaban delante; nosotros los seguíamos, escalando á duras penas los soberbios peñascos y cantando para animarnos. Al llegar á la cumbre los guías hicieron alto y nos enseñaron un árbol, diciéndonos:

—Aquí solía descansar *Abouna Jacob*, cuando pasaba por este camino.

Y postrándonos en el suelo, rezamos juntos ferviente oración, tal como lo hacen todos los pasajeros, aun los paganos y los musulmanes.

Luego subimos á caballo, que bien lo habíamos menester; por espacio de veinte minutos bordeamos horroso precipicio, que se abría amenazador á la derecha del camino. Los animales avanzaban por la orilla del camino con paso firme y seguro. Pero á pesar de esto

tuve miedo. Mirando el horroroso abismo, dije al Ángel de mi Guarda:

—¡Ángel mío, tú que tienes alas, coge las riendas de mi jumento, y yo rezaré el Rosario!

¡Los caminos de Abisinia! En este país están aún por inventar los peones camineros! ¡Cuántas veces nos vemos precisados á pasar por entre dos rocas tan juntas, que apenas cabían las piernas en el espacio que dejaban libre! ¡Cuántas otras teníamos que cruzar inmensas llanuras cubiertas de zarzas y espinos, ó, lo que es peor, debíamos abrirnos paso entre enlazadas ramas, que nos lastimaban el rostro y desgarraban manos y vestidos! Mi Superior, que iba delante, me advertía á gritos los pasajes peligrosos.

A las once llegamos á Ithalay. Nos detuvimos á descansar en casa del sacerdote católico del lugar. Un cristiano nos sirvió leche, en la que flotaban no pocos pelos de la cabra que suministrara el sabroso líquido. Por segunda vez tuve que hacer aquello de «cerrar los ojos, apretar los dientes y beber.» Luego nos sirvieron café, y aunque sin azúcar y colado con ayuda de hierbas puestas sobre la boca del vaso, era bastante bue-

no: me recordaba el que hacía para la compañía cuando era soldado.

Reanudamos la marcha, y á las cuatro de la tarde llegamos á Adí-Caié, vencidos por el calor y la fatiga.

Era tan fuerte el calor, que yo jadeante, encendido el rostro y sudando á mares, daba no poco que temer á mis compañeros, pues creyeron sufriría una insolación: afortunadamente no se realizaron sus temores.

Fuimos á visitar la iglesia del lugar, que parece una capillita. Apenas en ella, miro mi sotana que al entrar era blanca, doy un salto y me precipito fuera del local: estaba salpicada de puntos negros y rojos... ¡pulgas y chinches!

Me arreglé como pude y fuimos á saludar á los oficiales italianos, quienes nos recibieron con franca cordialidad. Por la tarde nos acompañaron á visitar las ruínas de Togonda.

Ya entrada la noche llegamos á Senafé, penúltima etapa de nuestro viaje. Al día siguiente debíamos dormir en nuestra residencia: Alitiena.

(Continuará).

LA LEPROSERIA DE MARACAIBO



UEVE mujeres, nueve heroínas, Hermanas del Noviciado de Santa Ana salieron de la heroica ciudad de Zaragoza, llegaron á Barcelona, embarcaron en un vapor y quizás no tarden en arribar á las costas de la República venezolana para dedicarse en Maracaibo al cuidado de 600 infelices leprosos, cuyas llagas, probablemente menos repugnantes que muchas de las que minan la existencia de las generaciones modernas, les tienen condenados al destierro, á la muerte, de igual manera que los condenaron á la soledad, quienes no reconocen la existencia de las heroínas de la caridad más que para injuriarlas, difamarlas, creando así sombras de delito en las cuales puedan fundamentar una petición de rápido y feroz exterminio.

Cerca de Maracaibo existe una isla que antes se llamó de los Mártires, sin duda presagiando que había de ser elegida para destierro de los leprosos. Un solo capellán les asistía en sus últimos momentos, y nadie les cuidaba durante la enfermedad.

Hace dieciocho años las Hermanas de la Caridad de Santa Ana se convirtieron en cariñosas enfermeras de los leprosos, y empezaron por cambiar el título de la isla, que desde entonces se llamó de la Providencia, para que los pobres enfermos no olviden que en Ella tienen que depositar toda su confianza, en la seguridad de llegar á poseer mucho más de todo lo que les niega el mundo.

Encargáronse de los servicios del Hospital, y los en-

fermos no sólo ven en ellas á las Hermanas de la Caridad, sino á las madres de los desvalidos, de los abandonados; ¿y quién mejor que ellas puede ostentar esos títulos? En sus casas, desde que les ataca la repugnante enfermedad, hasta que son trasladados al hospital de la Providencia, viven completamente aislados; sus parientes más allegados, con frecuencia son los primeros en abandonarlos.

¿Qué extraño es que bendigan á las Hermanas y depositen en ellas todo su cariño, al ver que no sólo no les abandonan, sino que, por el contrario, les cuidan con solícito esmero, les curan con maternal cariño, les dejan ver el cielo, respirar el aire, contemplar el mar, y les proporcionan recreos inocentes, bibliotecas y funciones de iglesia en las que el *sursum corda* tiene para los pobres una expresión tal, que viene á ser como una escala por donde el alma ansía elevarse hasta la región en que los dolores cesan y la bienaventuranza eterna empieza?

La llegada de una nueva Hermana es motivo de alegría para los pobres leprosos. Desde que en lontananza aparece el vapor, los cohetes, por aquéllos disparados, surcan el espacio; y el deseo de ver á la nueva Hermana, á la nueva enfermera, á la nueva madre, hace al enfermo olvidar sus crueles dolores.

Y después de todo esto, ¿puede creerse que tengan corazón de hombre quienes persiguen con saña implacable á esas pobres mujeres que exponen su vida y sacrifican su libertad por amparar á los desamparados de los hombres?



BIBLIOGRAFÍA

Ejercicios espirituales propuestos á los eclesiásticos, Religiosos y Religiosas para el retiro anual de ocho días, por el P. Genaro Bucceroni, de la Compañía de Jesús, adicionado con el opúsculo: *Reglas seguras para una buena elección*, sacadas de los mismos Ejercicios, por el P. Antonio José Regoñó, de la misma Orden. Ambas obrillas ha traducido del italiano y reunido en un solo volumen otro Padre de la Compañía. *Gustavo Gili, Barcelona*.—Aunque encerradas las meditaciones é instrucciones, en el reducido marco de ocho días, á razón de tres de aquéllas y dos de éstas por día, van de tal manera expuestos los puntos, y tan oportunamente subrayados los conceptos más esenciales de los mismos, y tan puestos, como de relieve, en todos el punto de mira del santo Autor, que deberá este comentario figurar entre los más luminosos. El otro tratado *Reglas seguras para la elección*, que se da como apéndice, es una explanación de otro de los puntos de dichos Ejercicios, el que sigue á la primera de las meditaciones sobre la «Vida pública de Cristo.» Lo más notable de este tratadito es el estudio que en él se hace del problema de las vocaciones á los diversos estados. Esta segunda parte es muy práctica y útil.

—*Vida de Santa Teresa de Jesús*, por el P. Francisco de Ribera, de la Compañía. *Gustavo Gili, editor, Barcelona*.—Esta nueva edición diligentemente anotada y adicionada por el P. Jaime Pons, también jesuita, y precedida de un notabilísimo estudio preliminar sobre «Santa Teresa de Jesús como Doctora mística,» por el Rmo. P. Luis Martín, último Prepósito General que fué del mismo Instituto. La Vida de Santa Teresa por el P. Ribera ha sido considerado siempre como el relato más fidedigno de los hechos y virtudes y celestiales dones de la esclarecida Avilesa, así por la relación directa y personalísima que tuvo con ella dicho autor en la mayor parte de lo que refiere, como por las especiales condiciones de singular santidad y profunda ciencia y letras que le adornaron, y que hacen su testimonio por todos conceptos excepcionalmente verídico, y el menos expuesto á apasionamientos ó á equivocadas referencias. El P. Pons en sus notas, que forman gran parte del grueso volumen, hace observar esta exactitud, comprobándola á cada paso con citas acotadas de la propia Santa y de sus demás biógrafos, además de dar en aquéllas curiosa y menuda noticia de cuantos personajes se mencionan en el transcurso de la historia, particularmente de algunos Padres de la Orden de Santo Domingo y de la Compañía de Jesús, que fueron los que más intervinieron en la dirección de la Santa. El tratadito ó monografía del reverendísimo P. Martín es digno atrio de tan excelso edificio y le cae como nacido, y en cuanto á su mérito teológico y literario basta decir que fué laureado entre los mejores en público Certamen nacional, si no andamos equivocados. El conjunto tiene algo de monumental, y por él, ha merecido bien el moderno compilador, no sólo de los devotos de la gloriosísima Fundadora, sino de todos los amantes de las buenas letras castellanas, que tienen en ella y en su primer biógrafo el P. Ribera, esclarecidos modelos de buen decir y de castiza y elegantísima narración. Tanto más, cuanto venían siendo raros los ejemplares hoy en circulación de la obra del P. Ribera, y algunos al parecer no tan fielmente editados como exige la crítica imparcial en materias de tal gravedad histórica como las que en tal libro se tratan. Adornan la presente edición un buen retrato de la Santa, por Maura, un grabado reproducción del Monasterio de San José, en Avila, que fué la primera de sus fundaciones, y un mapa en que va seña-

lado el itinerario de la misma en sus viajes, principalmente por Castilla y Andalucía, notados el sitio de cada fundación y su fecha, que es trabajo curiosísimo. En los Apéndices se contiene, entre otros, un Documento hoy de especial oportunidad, y es la relación de «varios prodigios obrados durante la guerra de los franceses en 1808, por intercesión de Santa Teresa de Jesús en su Convento y villa de Alba de Tormes,» que son realmente maravillosos.

—*Fundamentos de Cultura Literaria*, por el P. Esteban Moréu, de la Compañía de Jesús. Ha editado este precioso libro nuestra Tipografía Católica, dando con él formas nuevas á una asignatura muy antigua, cual es la de Retórica y Poética de nuestras viejas escuelas. Formas nuevas decimos, porque en él más que reglas ó preceptiva propiamente dicha, se dan observaciones y se transmiten impresiones á vista siempre del modelo, que es sin duda el procedimiento que más se acerca al gráfico é intuitivo que tanto recomiendan hoy autorizados pedagogistas. De suerte que la mayor parte del tratado lo llenan trozos escogidos en prosa y en verso de nuestros más insignes escritores españoles y de algún extranjero, cuyos principales retratos se adjuntan, formando el todo una variadísima analogía en que las reglas brotan, por decirlo así, espontáneamente del modelo, en vez de darse éste, como en otros se suele, como simple aplicación de las reglas. Es método ingenioso de puro sencillo, y con el cual puede el escolar formarse el buen gusto del decir y del escribir, con menos necesidad de la explicación profesoral, ó prepararse para sacar de ésta mayores provechos. Los Institutos y Colegios de segunda enseñanza tendrán en esta obra un poderoso auxiliar para sus clases de Literatura castellana y general, y aún los jóvenes que no cursan matrícula oficial, sino que por afición á tales estudios desean hacerlos por su cuenta y sin acudir á cátedra, pueden tener en ella un maestro casero de toda confianza y de gran autoridad. *Fundamentos de Cultura Literaria* es para ello libro único en su género. Se halla en esta Tipografía.»—*F. S. y S.*

—*Rika*, que así es el título del último volumen de la Biblioteca «Patria,» es una evocación magnífica de unos tiempos de fe, de exaltación religiosa, de lucha guerrera, pero también de amores hidalgos en que la espada invencible sobre los campos de batalla, nunca rendida á un caudillo enemigo, gentilmente se rendía á los pies de una dama.

Los caballeros de Malta fueron la flor de los caballeros galantes y cristianos. Ellos son los que se evocan en las páginas amenas é interesantes de *Rika*.

—*La oración de la Iglesia*, ó sea consideraciones sobre su antigua liturgia, por el R. P. Fernando Cabrol, abad de la Orden de San Benito, traducido por D. Sebastián Puig, canónigo de la Catedral de Barcelona.—Obra de erudición, en la que brilla la clásica paciencia benedictina, se propone sean más amados los ritos y ceremonias litúrgicas para que de ellos se obtenga mayor provecho y á ellas se acuda con mayor devoción. Para lograrlo va siguiéndolas una á una las principales fórmulas del ministerio eclesiástico en sus funciones de tal y exponiéndolas con detalle que pone de manifiesto los tesoros que encierra. Es obra de lectura utilísima á todo fiel. La ha editado D. Gustavo Gili, de Barcelona.

—*El educador apóstol*, su preparación y ejercicio de su apostolado, por J. Guibert, superior del Seminario del Instituto católico de París, *Gustavo Gili, editor, Barcelona*.—A los maestros católicos dedica su autor, un maestro católico, la obra que nos ocupa. Mucho se ha escrito y se escribe y publica de

educación, pero es tan importante la materia, que si de ella se escribe bien nunca resultan excesivas ni inoportunas las obras que se publiquen. Es la que nos ocupa, hija de la experiencia y por ello eminentemente práctica. Está dividida en dos partes: la primera estudia la preparación del educador apóstol y la segunda el ejercicio del apostolado. Subdivídese la primera en: la salvación social por medio de la educación, la educación cristiana en sus diversos grados y formación del educador; y subdivídese la segunda en cómo debe ejecutarse el apostolado en clase y cómo fuera de la escuela. ¡Al anunciado de las materias basta añadir que están tratadas con el

entusiasmo del convencido, con el talento del sabio observador y con los minuciosos é importantes detalles que la práctica enseña, para dejar dicho cuán importante es la obra y cuánto interesa su lectura á los maestros cristianos.

—*Sermones*, por D. Antolín López Pelaez, obispo de Jaca. *Gustavo Gili, editor, Barcelona*.—De que son notables los sermones es garantía el nombre de su autor, que tan acreditado tienen las muchas obras que lleva publicadas. Diecisiete contiene la obra y en todos el orador hace gala de la elocuencia y erudición que le adornan. Sumamos, pues, nuestro aplauso á los con que ha saludado la colección la prensa católica española.

VARIEDADES

LA EXPEDICIÓN DE JUAN CHARCOT

AL POLO SUR



El día 11 del pasado Agosto salió de París la nueva Expedición Charcot al Polo Sur.

El intrépido viajero Juan Charcot ha hecho primero repetidos ensayos en las nieves de los Alpes de los trineos automóviles, con los cuales se propone recorrer el *Continente Blanco* y ganar para su patria el misterioso Polo Sur de la tierra.

También se dirigió, meses ha, al Gobierno de Chile por intermedio de su Legación en Francia, en demanda

de protección y de permiso para establecer una estación en Punta Arenas. Porque es de saber que la Expedición Charcot ha elegido Punta Arenas como su cuartel general, donde depositará un carbón especial, el petróleo, los víveres y demás menesteres propios de semejantes expediciones. En su contestación de agradecimiento por las facilidades que le ofrece el Gobierno de Chile, decía entre otras cosas: «J'étais sûr de trouver, de la part de votre beau pays, l'accueil réservé á toutes les œuvres scientifiques. Si je ne craignais d'abuser de vous je vous demanderais de bien vouloir transmettre á votre Gouvernement l'assurance de toute ma gratitude.»

Lo extraño de tal expedición podrá parecer la elección del Polo. ¿Por qué no termina más bien las expediciones hechas al Polo Norte, para donde ya otros atrevidos viajeros le han preparado el camino? Precisamente porque Charcot anda en busca de la *inmensidad blanca*, tan grande como Europa y Australia juntas, cuyos confines ningún cartógrafo ha indicado todavía. Le atrae, le fascina lo desconocido. El Polo Norte, dice el mismo Charcot, está ya casi descubierto; lo ha querido así su proximidad á los países europeos. El Polo Sur, en cambio, está totalmente ignorado y lleno de grandes sorpresas.

De su exploración esperan los geólogos la justificación de su *sistema del tetraedro*. No les falta más que este elemento para descubrir, según ellos, la formación primordial de la costra terrestre; entonces explicarán por qué los continentes del Sur terminan en punta y

por qué debe de haber una fuente polar en el Norte.

Los ingenieros del mar esperan [que quede definitivamente explicada la ley de los flujos y reflujos. La masa del Polo, aislada en los océanos australes, parece haber sido instalada allí en las condiciones de simetría y de fijeza que demanda la teoría.

Los meteorólogos y los físicos quieren saber la localización exacta de la fuerza misteriosa que orienta las agujas imanadas y el valor de esos puntos extremos de esa otra fuerza que se llama la pesantez; la distribución de las corrientes de electricidad, del aire, del agua, que surcan aquellas comarcas serenas y glaciales.

Los naturalistas desean luces sobre la fauna y la flora del *Continente Blanco*, tan profundamente diferente de los continentes boreales; sobre la naturaleza de aquellas tierras, de sus fósiles, y sobre los restos de la humanidad que tal vez lo haya habitado...

Por todas estas razones y otras muchas, la Academia de Ciencias de París rogó á Juan Charcot que se decidiese á renovar el esfuerzo interrumpido por trágicas circunstancias, y Charcot, valiente como pocos, ha aceptado.

El Parlamento ha votado 600,000 pesos, la Sociedad de Geografía, el Consejo Municipal de París, infinidad de generosos particulares han aportado el óbolo del patriotismo.

Si todo va bien, calcula Charcot que ha de durar tres años la expedición.

El programa de ella ha sido fijado por la Academia de Ciencias.

Toda la prensa francesa dedica á esta magna empresa columnas de detalles, publica planos y retratos, y prepara la opinión para que siga á los intrépidos viajeros con el interés y la ansiedad que expediciones de esta naturaleza despiertan siempre en el corazón del pueblo, que más que al interés científico, atiende á las novelescas aventuras y espantosos dramas, que son sus obligados compañeros.

LIMOSNAS

para coadyunar á la Santa Obra de la Propagación de la Fe

Para las Misiones más necesitadas

Barcelona.—D. J. S.	5	Ptas.
Cassá de la Selva.—La familia Salvador.	23	»
Elgoibar (Guipúzcoa).—D. Pedro J. Alcorta.	0'70	»

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Píno, 5, Barcelona.